



Carta desde Jerusalén

*Un soldado romano, testigo
excepcional de la Pasión,
cuenta sus impresiones*

Por Luis M. Vadillo, S. I.

*T*e escribo esta carta con cierto temor de no acertar a concretar en palabras los acontecimientos e impresiones que bullen en mi interior. Ha sido demasiado espantoso todo lo que he vivido; tengo necesidad de desahogarme contigo y por eso me encuentro con el punzón en la mano y las tablillas delante de mí. No puedo olvidar su figura majestuosa, valiente y serena en medio del dolor. Me miró, Tibulo, unos segundos antes de tenderse sobre la cruz. Sus ojos me persiguen durante la noche y durante el día. Perdona mi excitación. Creerás que me he vuelto loco; tienes razón pues todavía no te he dicho de quién se trata.

No juzgues esta historia hasta el final de la carta. El hombre de quien te hablo es un judío; sí, no me he equivocado. Tengo que confesarlo a pesar del desprecio que sentimos hacia ellos. Quiero guardar la veracidad más estricta. A pesar de que los rasgos de este hombre están muy vivos en mi imaginación me resultaría imposible concretar en trazos la expresión de su rostro. Es indefinible.